
Realidad y mito de la presencia soviética en América Latina

José Miguel Insulza

La decisión de Ronald Reagan de convertir a El Salvador en el primer "caso test" de su nueva política exterior de contención, está vinculada no sólo al grave deterioro de la posición de la Junta Militar de ese país en los últimos meses del año pasado, sino también a la alarma con que ciertos sectores del gobierno norteamericano ven una supuesta expansión soviética en América Latina. Una versión extrema de tal preocupación, importante por provenir de un funcionario de nivel ministerial, ha sido expresada recientemente por la embajadora de Reagan en Naciones Unidas. Según Jeane Kirkpatrick, "el deterioro de la posición de Estados Unidos en el hemisferio ha creado ya serias vulnerabilidades donde antes no existían y amenaza ahora confrontar a este país con la necesidad de defenderse contra un anillo de bases soviéticas en y alrededor de sus fronteras Sur y Este".¹

Los argumentos dados para sostener la tesis de la "amenaza soviética" se centran en el desarrollo militar de Cuba, sobre todo la base naval de Cienfuegos (supuestamente destinada a servir barcos de guerra soviéticos), en la acción cubana en Africa y en el pretendido rol cubano de entrenamiento a grupos guerrilleros de América Central. Los procesos revolucionarios de Nicaragua y Granada son vistos como "primeros frutos de estos esfuerzos" y la lucha armada en El Salvador como el siguiente paso, a ser seguido por Guatemala y otros países de la región.

La denuncia por parte del Departamento de Estado acerca de la entrega masiva de armas del

¹ Jeane Kirkpatrick. "Us Security and Latin America". *Commentary*, enero de 1981, p. 29.

en el continente. Cuba fue vista, pues, no sólo como una demostración de que era posible derrotar al imperialismo en la región, sino también como el preludio a nuevos fenómenos revolucionarios en América Latina.

En tales condiciones, la Unión Soviética no dudó en respaldar a la revolución cubana, apenas fue evidente que ese respaldo era indispensable para mantenerla, ante la política dura asumida por Estados Unidos desde un comienzo. La ayuda económica y militar soviética adquirió gran magnitud desde 1961 y fue motivo inmediato de conflicto con Estados Unidos. La crisis de los cohetes (1962) fue el evento más dramático de ese primer choque, dejando la impresión de que Estados Unidos había obligado a la URSS a retroceder. Miradas las cosas en perspectiva, no parece que haya sido así. Los cohetes fueron efectivamente retirados y la URSS adquirió el compromiso de no volver a instalarlos. Pero al mismo tiempo, los Estados Unidos se comprometieron a no intervenir militarmente en Cuba, lo cual era una garantía determinante para la estabilidad del proceso cubano.

Más allá de las diferencias que entre ellos existieron, sobre todo en los primeros años, Cuba pasó a ser desde entonces la relación privilegiada de la Unión Soviética, relación que se vio reforzada con la integración formal de la isla al campo socialista. Pero, contrariamente a lo que se esperaba, su presencia en Cuba no fue factor determinante para el incremento de la presencia soviética en otras partes de América Latina. En primer lugar, porque la apertura de otros procesos progresistas o revolucionarios en el continente no fue inmediata; al contrario, los Estados Unidos consiguieron tender, a través del bloqueo y la combinación de elementos militares y políticos (contrainsurgencia y Alianza

para el Progreso), un cordón sanitario en torno a Cuba y hacer fracasar las experiencias guerrilleras que nacieron en torno al ejemplo cubano. En segundo lugar, porque aunque la URSS se abstuvo de apoyar la línea "foquista" (como veremos más adelante), el hecho de que prestara apoyo masivo a la revolución cubana, acusada de fomentar la revolución en América Latina, si bien favoreció su imagen ante los sectores de izquierda, no podía ser beneficioso para sus relaciones diplomáticas o comerciales. El bloqueo a Cuba se hacía sentir también sobre la URSS, a pesar del deshielo que se iniciaba en la política internacional. En todo el periodo que va entre la revolución cubana y 1968, sólo un país (Chile en 1964) estableció relaciones con la Unión Soviética, que mantuvo, más allá de un incremento en el intercambio cultural y científico, una presencia marginal en América Latina.

El panorama comenzó a cambiar rápidamente a partir de 1968, como consecuencia de los nuevos procesos que se vivían a nivel mundial y continental. El inicio de la distensión y el debilitamiento que para Estados Unidos significaba su masiva intervención en Vietnam, crearon condiciones para una mayor independencia política en los Estados de América Latina, reforzando así una tendencia que venía desarrollándose con anterioridad. Al mismo tiempo, los procesos internos de algunos países abrieron camino a experiencias democráticas, nacionalistas o abiertamente revolucionarias. Como consecuencia de estos hechos, numerosos Estados de América Latina fueron adoptando posiciones mucho más independientes en el plano internacional, que se manifestaron en la reanudación de relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba, en la adhesión de varios de ellos al movimiento de países no alineados, en la ruptura del voto en bloque con

Estados Unidos en Naciones Unidas y otros organismos internacionales, en el cuestionamiento del orden económico internacional, en la participación más activa en UNCTAD y el grupo de los 77, etc.

En este nuevo clima, la ampliación de las relaciones internacionales de América Latina era natural y, dentro de ellas, correspondía también considerar al campo socialista. Es preciso reconocer que Estados Unidos no manifestó oposición a estas relaciones, sobre todo en el caso de los Estados de América del Sur. En el lapso de cuatro años (1968-1971), la URSS inició relaciones con Colombia, Ecuador, Bolivia, Venezuela, Guyana y Costa Rica. La tendencia no se interrumpió con el vuelco político de derecha producido en la parte sur del continente. De las dictaduras militares del Cono Sur, sólo la chilena rompió relaciones con la URSS y otros países socialistas. En cambio, la URSS extendió en los años sucesivos sus relaciones hacia el Caribe y Centro América, estableciéndolas con Trinidad y Tobago (1974), Surinam (1975), Jamaica (1975) y Nicaragua (1979). Sólo seis Estados de América Latina no tienen hoy vínculos diplomáticos ni comerciales con el campo socialista (Chile, El Salvador, Haití, Honduras, Panamá y Paraguay), lo cual constituye, sin duda, un vuelco considerable con respecto al cuadro de trece años atrás.

Lo anterior no significa, sin embargo, que el desarrollo de estas relaciones haya sido todo lo fructífero que la URSS habría deseado. No en todos los casos se ha producido la apertura efectiva de embajadas; por lo demás las relaciones han estado casi siempre limitadas por una actitud reticente de la mayor parte de los países latinoamericanos, que tiende a crecer en periodos de endurecimiento de las relaciones internacionales o de crisis internas, en que surgen frecuentemente acusaciones a la URSS

de fomentarlas. Las relaciones del PCUS con los partidos comunistas locales, a veces ilegales en sus países, no contribuyen tampoco al fortalecimiento de esas relaciones. Todo ello da origen a episodios aislados de crisis: expulsiones de diplomáticos, peticiones de reducción de personal, dificultades consulares, etc. Pero en términos generales las relaciones son estables y, salvo un vuelco muy decisivo en la situación internacional, no parece que estén sujetas a revisión, ni por parte de la URSS ni de los países latinoamericanos.

2. La presencia económica

Las relaciones económicas de la Unión Soviética y los demás Estados socialistas con América Latina se han incrementado considerablemente en los últimos veinte años. Hasta 1967, sin embargo, las cifras resultan engañosas para referirse a una relación continental, ya que la casi totalidad de las importaciones y exportaciones, créditos o asistencia iban dirigidas a Cuba. Antes de 1967, la URSS sólo había otorgado créditos significativos para la compra de maquinarias y equipos a Argentina y Brasil y, en todo caso, por montos muy inferiores a los dados a Cuba en cualquier año de ese periodo.

Sólo desde 1967 es posible hablar de relaciones económicas entre la URSS y América Latina. Incluso a partir de entonces es necesario señalar algunas prioridades en la política soviética, que se reflejan claramente en el volumen del comercio y en el tipo y montos de los créditos otorgados a cada país.

Cuba sigue siendo, con mucho, la principal relación económica y comercial de la URSS en América Latina y debe ser tratada aparte, so pena de abultar los volúmenes de modo que no refleje



la realidad del resto del continente. El 70% del comercio exterior cubano se dirige al campo socialista, constituyendo el azúcar casi el 90% de las exportaciones. El volumen total de ese intercambio excede hoy los dos mil millones de dólares. La Unión Soviética compra —a precios superiores a los del mercado mundial— el 75% de la producción de níquel y el 85% de la exportación de azúcar, y provee a Cuba de más del 90% de sus necesidades de petróleo, a un precio inferior a la mitad de los precios internacionales e incluso inferior a los pagados por otros países socialistas.⁵ Ello además de los créditos de largo plazo para la compra de maquinarias, equipos y otros productos. El volumen de asistencia directa o indirecta que ello significa (por precios o intereses preferenciales) fue estimado en diez millones de dólares diarios por el propio Fidel Castro en su discurso de 1979 ante la Asamblea General de la ONU.

Una segunda prioridad está dada por el interés de la Unión Soviética por apoyar procesos populares o nacionalistas que se desarrollan en América Latina. Ella se manifestó con fuerza con respecto a Perú, Bolivia y sobre todo Chile, a comienzos de la década pasada y comienza a expresarse ante el bloqueo de que es objeto hoy Nicaragua por parte de los Estados Unidos. En 1970 el Gobierno de Juan José Torres recibió un crédito de 28 millones de dólares para la compra de maquinarias, al igual que el de Perú, que recibió además créditos adicionales por 25 millones de otros países socialistas.⁶ En

cuanto a Chile, entre 1971 y 1972, el volumen de créditos de la URSS y el campo socialista (incluida la renovación de un crédito no utilizado por el Gobierno de Frei, por 55 millones) alcanzó a 449 millones de dólares. Las condiciones extremadamente favorables de los créditos soviéticos (plazos de 10 a 12 años, con un interés promedio del 3%) fueron incluso mejoradas en estos casos específicos. En cuanto al volumen del comercio, ascendió de 1 a 30 millones de dólares en el caso de Chile y llegó a más de 120 millones en el caso de Perú.⁷

Una tercera prioridad está dada por países con los cuales la URSS mantiene una relación comercial más antigua y cuya importancia económica es mayor. Se encuentran en este caso principalmente Argentina y Brasil. De los 1159 millones de dólares otorgados en créditos a América Latina entre 1973 y 1978, 923 millones fueron para estos países. La colaboración incluye además la participación soviética en proyectos de infraestructura y, sobre todo, el intercambio comercial, que constituye (excluido Cuba), alrededor del 80% del total de América Latina. La cifra ha aumentado además considerablemente en los últimos dos años, a raíz de las ventas argentinas de trigo a la URSS para suplir los efectos del embargo decretado por Estados Unidos después de la invasión de Afganistán.⁸

en Kurt London (ed.) *The Soviet Union in World Politics*. Westview Press, 1980, p. 251.

⁷ *Ibid.* p. 252.

⁸ "Tanto en 1979 como en 1980 la URSS ha sido el principal comprador de Argentina, básicamente de productos agropecuarios; en 1979 por 470 millones de dólares, y en 1980 por 1400 millones, asumiendo buena parte del mercado que el embargo norteamericano dejó libre." Luis Maira, *op. cit.* p. 250.

⁵ Gabriel Marcella y Daniel S. Papp. "The Soviet Cuban Relationship", en Robert H. Donaldson (ed.) *The Soviet Union in the Third World: Successes and Failures*, Westview Press, 1981, p. 59.

⁶ Leon Goure y Morris Rosenberg. "Latin America",

El intercambio con el resto de América Latina ha aumentado también, si bien en cifras muy inferiores. El monto total habla de un incremento significativo de la presencia soviética en el plano económico. Pero si se consideran las cifras globales de la economía latinoamericana, ese comercio y los créditos otorgados representan aún un bajo porcentaje. Los casos relevantes desde el punto de vista de las cifras globales son sólo el de Cuba, como miembro del CAME, y el más reciente de las ventas de trigo por parte de Argentina, que corresponde a una situación claramente de coyuntura. A menos que tales coyunturas se generalicen es aventurado pensar que la presencia económica soviética en América Latina crecerá a un ritmo muy acelerado. En todo caso, ni aún si así fuera, podría hacerse en muchos años equivalente al predominio absoluto de los Estados Unidos sobre las economías de la región.

3. La presencia militar

Entre la afirmación de la Sra. Kirkpatrick acerca de "un anillo de bases soviéticas" y la realidad, hay una enorme distancia. Presencia militar soviética directa existe solamente en Cuba. En cuanto a los elementos del anillo, jamás ha habido en ellos un soldado o una nave de la Unión Soviética. Granada carece incluso de un aeropuerto o un puerto marítimo en condiciones de recibir tales visitas. Las facilidades existentes en Nicaragua o Jamaica no son mucho mayores y, en todo caso, se encuentran siempre bajo estricta vigilancia de los servicios de inteligencia norteamericanos, que nunca han reportado un movimiento de tropas extranjeras en esos países.

La presencia directa soviética en Cuba, está limitada, en lo terrestre, a la ya famosa "brigada

soviética", que tanta repercusión alcanzó en el periodo preelectoral norteamericano. En el plano naval, si bien efectivamente barcos soviéticos llegan al puerto de Cienfuegos y a otros puntos de Cuba, los propios expertos norteamericanos reconocen que no existe una "flota del Caribe" o algo parecido. Ni estos barcos ni ninguno de los aviones supersónicos existentes en Cuba (en dotación a las Fuerzas Armadas Cubanas) ha sido detectado o sospechado de llevar armas atómicas, si bien algunos de ellos tienen capacidad potencial para ello. Todo lo anterior hace pensar que, en términos de presencia militar en Cuba, la URSS se atiene estrictamente a los acuerdos a que llegó con Estados Unidos para solucionar la crisis de los cohetes en 1962.

La asistencia militar a Cuba ha sido, en cambio, maciza, ascendiendo, según cálculos aproximados, a más de dos mil millones de dólares hasta 1978. Las Fuerzas Armadas Cubanas, de aire, mar y tierra, están completamente equipadas con material bélico proveniente de países socialistas y numerosos de sus oficiales han recibido entrenamiento en esos países. A pesar de su tamaño y población, Cuba cuenta hoy con Fuerzas Armadas entre las más fuertes de América Latina, lo cual da la medida del volumen alcanzado por la asistencia soviética en este plano.

En los marcos de la ampliación de relaciones diplomáticas que se produjo a partir de 1968, la URSS buscó ampliar su cooperación militar con algunos países de América Latina, con escaso éxito. Además de la desconfianza de algunos gobiernos, el problema principal estuvo en la reticencia de las Fuerzas Armadas, acostumbradas a los equipos militares norteamericanos o europeos y temerosas de enfrentar problemas técnicos nuevos.

De hecho, sólo Perú realizó adquisiciones masivas de armamento soviético: un número importante de tanques medianos T-55 y luego 36 bombarderos de combate SU-22, en su momento los más avanzados en dotación en América Latina, además de compras varias de otros materiales. Con el giro político del gobierno militar peruano, las compras se terminaron, aunque otra razón plausible es la dificultad de Perú para pagar los créditos otorgados, que hubieron de ser prorrogados hasta 1985.

La acusación del Departamento de Estado a la Unión Soviética y otros países socialistas de prestar asistencia militar a la lucha armada en El Salvador es la primera de este género que formulan oficialmente los gobernantes norteamericanos. La clara discrepancia soviética con las líneas guerrilleras que se desarrollaron en los años sesenta hacía improbable que les prestara alguna asistencia directa o indirecta. En cuanto a la experiencia más reciente, tampoco la guerra de liberación sandinista contó con armas de parte del campo socialista, que reconoció su carácter popular ya bastante avanzado el proceso.

La documentación presentada con respecto a El Salvador, por lo demás, se refiere a supuestas promesas de entrega de armas, de las cuales informan dirigentes salvadoreños. Hasta hoy no se ha dado prueba documentada de la existencia efectiva de armas soviéticas en El Salvador.

Lo que interesa recalcar, en todo caso, es que la llamada "presencia militar soviética" es notablemente inferior a todo lo que han dicho los nuevos dirigentes norteamericanos: de modo directo es casi inexistente; en materia de asistencia militar, abarca sólo a Cuba y, por un tiempo, a Perú; y en términos de apoyo a movimientos armados, los

propios Estados Unidos sólo han presentado el caso de El Salvador.

4. Evolución de las tesis soviéticas sobre América Latina

Hemos señalado ya cómo la despreocupación por América Latina y la tesis de la "zona segura" (o "fatalismo geográfico") predominó en la visión soviética sobre América Latina hasta fines de los años cincuenta. Y a pesar de que hay quienes hoy sostienen que "desde comienzos de siglo, América Latina ha sido un frente activo en la lucha contra el imperialismo. . .", estas son opiniones a posteriori, que no toman en cuenta el clima de aquellos años. Más acorde con las opiniones de entonces están aquellos autores que colocan el inicio de un cierto auge en la lucha popular y anti-imperialista a comienzos de los años cincuenta. Conviene recordar, por lo demás, que dadas las tesis predominantes en el movimiento comunista internacional de aquella época (y repetidas mecánicamente para América Latina) los movimientos populistas no eran considerados "movimiento popular" y, por consiguiente, no daban ninguna medida de cambio, en sentido anti-imperialista, de la situación en sus países. Ni el peronismo en Argentina, ni el varguismo en Brasil, ni ningún otro movimiento de masas relevante de la época, son mirados por los soviéticos o por los comunistas locales como partes del "frente activo". En la práctica tal frente parece, salvo excepciones (allí donde, como en Chile, surgieron Frentes Populares), haber estado reducido a pequeños partidos comunistas, leales pero aislados del resto de la sociedad.

Al caer, con la revolución cubana, la noción de "zona segura" y al hacerse evidente que tam-

bién en América Latina era posible desarrollar procesos revolucionarios socialistas y acumular fuerzas internas y apoyo internacional para mantenerlos, el interés de teóricos y dirigentes soviéticos aumentó enormemente. Dos lecciones fundamentales interesaba sacar de la experiencia cubana en un primer momento: la primera, reafirmar la tesis leninista acerca de la posibilidad del tránsito ininterrumpido y relativamente rápido de la revolución nacional y democrática a la revolución socialista, en sociedades atrasadas predominantemente agrarias. La segunda, examinar las posibilidades de surgimiento en otras regiones de América Latina de experiencias de similar profundidad.

Este segundo aspecto estaba además ligado a una cuestión de carácter estratégico. La política de coexistencia pacífica no descartaba ni limitaba, como lo sostenían sus críticos más radicales en el movimiento comunista (en ese entonces encabezados por el PC Chino), el desarrollo de la lucha revolucionaria en los países del área capitalista. Por el contrario, esa lucha era considerada un elemento indispensable para el cambio en la correlación internacional de fuerzas en sentido anti-imperialista (y por ende, en la visión soviética, pacifista). Mientras un mayor número de países se liberaran del imperialismo y salieran de la órbita de influencia de Estados Unidos, mayores eran las probabilidades de asegurar la paz y el triunfo del socialismo. La alianza con las fuerzas progresistas del Tercer Mundo, incluso aquéllas de sistemas capitalistas, no eliminaban, pues, la necesidad de avanzar en los procesos de cambio de esas sociedades. Más aún, se suponía que la política de coexistencia pacífica estaba destinada a acelerar esos procesos.

En este marco, la posibilidad de avances rápidos en los procesos de carácter anti-imperialista en

América Latina, aunque inesperada, aparecía ahora como un elemento extraordinariamente relevante. Cuba fue vista, en un primer momento, como la demostración de que ello era posible, en una zona que anteriormente había sido considerada el último bastión de los Estados Unidos.

Con todo, la Unión Soviética no compartió las tesis revolucionarias que a partir de la Revolución cubana se desarrollaron en América Latina. De un lado, estas tesis planteaban una conducción alternativa a la de los partidos comunistas ligados a Moscú, que por lo general eran tachados de "conciliadores o pacifistas". Por otra parte, la llamada teoría del "foco revolucionario" y el desarrollo de la guerrilla era considerada una política destinada al fracaso. La URSS se inclinaba más bien por el desarrollo de frentes amplios y ponía énfasis en la lucha de masas, con carácter nacionalista y anti-imperialista. Criticando a Debray, un autor soviético resume las tesis del PCUS en esta forma: "La aplicación de las concepciones de R. Debray a un nivel continental, la reducción del movimiento revolucionario solamente al método armado, conducen a un estrechamiento de las formas y métodos de lucha de las fuerzas revolucionarias. La teoría marxista leninista, reconociendo la importancia de la forma armada de lucha, al mismo tiempo, siempre ha recalcado la necesidad de emplear todas las formas y medios de lucha para la conquista del poder y la construcción de una nueva sociedad".⁹ Además de ser uno de los teóricos de la lucha guerrillera, Debray es un adversario más cómodo y menos polémico que los

⁹ M. Kudachkin. *Chile: la experiencia de la lucha por la unidad de las Fuerzas de izquierda y las transformaciones revolucionarias*. Editorial Progreso, Moscú 1978, p. 31.

dirigentes cubanos que desarrollaban, en la misma época que él, las mismas tesis.

La derrota definitiva de la experiencia guerrillera foquista (dramatizada por el trágico fin del Che Guevara en Bolivia en 1967) dio nueva relevancia a las tesis que postulaban el empleo de otras formas de lucha, en la línea de lo planteado por el PCUS y unificó al movimiento comunista del continente, si bien las huellas de las discrepancias anteriores se seguirían dejando sentir por un tiempo.

En el periodo que comienza en 1968 el PCUS debe adaptar sus opiniones sobre América Latina al



surgimiento de fenómenos nuevos. De una parte están aquellos procesos que se ajustan a la predicción anterior, en el sentido del desarrollo de la lucha democrática y de masas como elemento principal. Pero al mismo tiempo, surgen en algunos países experiencias nacionalistas encabezadas por sectores de las Fuerzas Armadas, posibilidad que no se encontraba en los análisis anteriores, que por lo general habían descartado cualquier rol positivo de los ejércitos latinoamericanos, demasiado penetrados y subordinados a los Estados Unidos para ser considerados agentes de cambio. En un comienzo la URSS miró el proceso peruano como un golpe militar más de los muchos ocurridos en América Latina. En la medida en que el nuevo régimen abrió camino a nacionalizaciones de recursos naturales y a transformaciones sociales de fondo, la posibilidad de contar con "fuerzas armadas progresistas" en favor del proceso revolucionario comenzó a ser considerada. El simple antimilitarismo de años anteriores dio lugar a una posición más flexible que permitió apoyar a procesos como el de Perú y el de Bolivia, e incluso alentar esperanzas sobre el rol progresista que podían jugar los militares en algunos otros países del hemisferio.

De las dos líneas posibles de avance que se perciben en América Latina a fines de los años sesenta (formación de coaliciones populares amplias o regímenes militares nacionalistas y progresistas), la URSS daba, con todo, una clara preferencia a la primera. De allí el interés con que desde el primer momento fue mirada la experiencia del gobierno de la Unidad Popular en Chile. Más aún cuando ella incluía la presencia en el gobierno del Partido Comunista con plenos derechos.

La experiencia chilena fue presentada como un caso extraordinariamente raro y valioso de avan-

ce del proceso revolucionario sin recurrir a la fuerza, "por primer vez en la historia del continente". Reconociendo las dificultades que tal proceso implicaba y la precariedad política en el cual se desarrollaba, la URSS lo interpretó, sin embargo, como una muestra decisiva del avance logrado por las fuerzas anti-imperialistas en el continente y de la posibilidad, ahora sí, de extensión efectiva de procesos de tipo nacionalista y revolucionario a otras regiones del continente. La actitud constitucionalista que en un primer momento demostraron las Fuerzas Armadas chilenas hizo alentar esperanzas aún mayores en la estabilización del régimen de Allende. Perú y Bolivia (durante el breve gobierno de Torres) fueron considerados pasos positivos en una dirección similar, a diferencia de Argentina en que el retorno de Perón no fue evaluado en un sentido similar, dada la tradicional aversión al peronismo manifestada por la URSS y reflejada en la posición del Partido Comunista Argentino.

La derrota del gobierno de la Unidad Popular, precedida por la caída del gobierno de Torres y por la implantación de un gobierno autoritario en Uruguay y la ilegalización del Frente Amplio, provocaron una reacción contra el optimismo excesivo con que se había mirado el desarrollo de los acontecimientos a comienzos de la década. El caso de Chile fue comparado por Breznev, en el XXV Congreso del PCUS, con la Comuna de París: una derrota de proporciones para el movimiento popular de la cual corresponde sacar lecciones con carácter general. Según los soviéticos, la principal de esas lecciones es que "cada vez que surge un peligro real para los intereses de clase de la burguesía, esta pone en juego sus abundantes recursos, entre ellos sus vínculos con el capital internacional. . . los sucesos de Chile vuelven a recordar la importancia de saber

defender las conquistas revolucionarias y la enorme trascendencia de estar preparados para cambiar rápidamente las formas de lucha pacíficas y no pacíficas y de ser capaces de responder con la violencia revolucionaria a la violencia contrarrevolucionaria de la burguesía".¹⁰ En otros términos, lo ocurrido en Chile no invalida la "vía pacífica", pero demuestra que ella debe tener en cuenta la fuerza de la burguesía y el imperialismo y estar preparada a responder.

A partir de los sucesos de Chile, la actitud de la URSS hacia América Latina se torna más pesimista y abandona la noción de que es posible desarrollar en una fase cercana procesos revolucionarios en el continente. Evaluando los regímenes autoritarios de derecha que han surgido en el Cono Sur como un elemento permanente en el desarrollo más inmediato de la situación de América Latina, la URSS vuelve a enfatizar una política de tipo nacionalista para América Latina. El vuelco a la derecha en Perú acentúa esta tendencia, al poner de manifiesto las limitaciones del rol progresista que pueden jugar los militares en el continente.

La nueva orientación es clara en los escritos e intervenciones de los políticos y científicos sociales que se dedican a América Latina, a partir de 1974.¹¹ Ella surge también como evidencia del documento emitido por los veinticuatro partidos comunistas reunidos en La Habana en junio de 1975.¹² Aún reafirmando el objetivo socialista,

¹⁰ Boris Ponomarev. *Algunas Cuestiones del Movimiento Revolucionario*. Ed. Internacional Paz y Socialismo. Praga, 1975, p. 271.

¹¹ Véase, p. ej. "El Ejército y la Política en América Latina". En *América Latina*. No. 3, Mayo-Junio 1977.

¹² *América Latina en la Lucha contra el Imperialismo*.

todos estos análisis ponen énfasis en el carácter prolongado de la lucha por las transformaciones y la necesidad de enfatizar objetivos más amplios, que reúnan fuerzas mucho más allá de las propiamente revolucionarias, en favor de la independencia, la democracia y la paz.

Consecuentemente en esta nueva postura, la Unión Soviética privilegia en el periodo sucesivo su apoyo a todas aquellas medidas de los gobiernos latinoamericanos, tendientes a afirmar su independencia, tales como las reivindicaciones de soberanía sobre los recursos naturales, la apertura a Cuba, la formación del SELA, la participación en la lucha por un Nuevo Orden Económico Internacional, etc. Frente a los regímenes fascistas, señala la existencia de regímenes "comparativamente democráticos" y recalca que "la lucha por la unidad de las fuerzas anti-imperialistas es el problema clave de la estrategia y táctica de los partidos comunistas en los países de América Latina".¹³ La política de derechos humanos de Carter creó una complejidad mayor para el desarrollo de esta línea, ya que de una parte iba dirigida contra el campo socialista, pero en el caso específico de América Latina parecía antagónica con los regímenes autoritarios cuya eliminación debía ser, en opinión de la URSS, el primer objetivo.

Un segundo condicionamiento estaba dado por la necesidad de mantener buenas relaciones con algunos países que, naturalmente, habrían sido cla-

sificados como "autoritarios" en la visión soviética. El ejemplo más claro es Argentina, excluida de toda crítica por razones fundamentalmente económicas, cuya importancia se reveló en toda su magnitud en 1979 y 1980, a raíz del embargo de cereales.

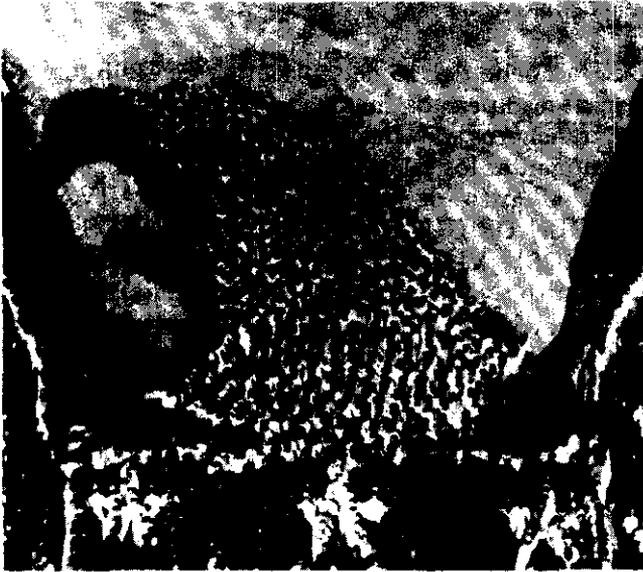
La estabilidad que se asigna a los regímenes autoritarios, la falta de claridad para enfrentar la nueva política de Estados Unidos durante Carter y los condicionamientos impuestos por factores geopolíticos o económicos, contribuyen a desdibujar la línea de la URSS hacia América Latina en el periodo más reciente. Al margen de la posición dura asumida con respecto a ciertos países (Chile, p. ej.), en general la política soviética parece reducida a un compás de espera, mientras se generan en el continente nuevas condiciones revolucionarias.

La revolución sandinista es mirada al comienzo con un cierto escepticismo, ya que el FSLN nunca mantuvo relaciones con el PCUS, que al contrario si las tenía con el pequeño partido socialista (el PC de Nicaragua), que no tuvo ningún rol en la lucha contra Somoza. No obstante, consciente de las posibilidades de éxito que se iban dando y del hecho de que el propio carácter anti-imperialista llevaría a la revolución sandinista a un inevitable enfrentamiento con los sectores más reaccionarios de Estados Unidos, la URSS le dio su apoyo político (bastante avanzado ya el proceso de lucha) y más recientemente se ha ido manifestando dispuesta, junto a otros países socialistas, a otorgar a Nicaragua asistencia económica. Nada de esto quiere decir, sin embargo, que la experiencia nicaragüense haya dado origen a un cambio en la política hacia América Latina. Al contrario, tal vez por las duras experiencias del pasado reciente, Nicaragua no

mo, por la Independencia Nacional, la Democracia, la Paz y el Socialismo. Mimeo, La Habana, 1975.

¹³ S. M. Khenhin. "Algunos Problemas de la Política de Alianzas de la Clase Obrera". Citado por Goure y Rothemberg, *op. cit.* p. 243.





forma parte aún de un nuevo “análisis general”, sin perjuicio del valor que los expertos soviéticos atribuyen al proceso sandinista en su contexto nacional y centroamericano.

5. Conclusiones

El cuadro que hemos trazado permite dar una dimensión justa a lo que es la presencia soviética en América Latina. Ella ha aumentado en los últimos años, tanto como fruto de una política conscientemente seguida a partir de la Revolución cubana, como de la mayor apertura que, sobre todo en determinadas coyunturas internacionales y nacionales, se ha producido en los Estados de América Latina.

Hecha excepción de Cuba, esa presencia sigue siendo, sin embargo, secundaria, en caso alguno parangonable con la que Estados Unidos, o incluso

la mayoría de los grandes Estados europeos tienen en la región desde el punto de vista diplomático, económico o militar.

En el plano político, la Unión Soviética ha tenido dificultades para fijar una línea estable hacia América Latina y para incorporar los nuevos fenómenos que la cambiante realidad política de la región va produciendo. En algunos casos, ello se ha debido al carácter autónomo o heterodoxo que tales procesos han tenido, lo que ha dificultado su evaluación inicial. En otros, la falta de respuesta se ha debido a la vinculación histórica del PCUS con los partidos comunistas, a veces irrelevantes o marginados de los procesos, al menos en su inicio. El uso mecánico que algunos autores norteamericanos hacen de la relación partidos comunistas-PCUS, no aparece muy explicativa de procesos revolucionarios como el cubano o el nicaragüense, que se desarrollaron sin participación importante de esos partidos.

En cualquier caso, entre la imagen de la Unión Soviética que disputa hegemonía en América Latina, que se ha pretendido trazar por los dirigentes de la nueva administración, y la realidad, hay una divergencia sustancial. Es precisamente la incapacidad de distinguir la autonomía de los procesos nacionalistas y de cambio en la región y la simplificación de agruparlos a todos bajo el rótulo de “penetración soviética” lo que ha impedido a sectores del sistema norteamericano tener una actitud flexible ante tales procesos, que los habría impedido, pero que sí habría puesto a Estados Unidos en una mejor posición ante ellos. La amenaza soviética puede ser esgrimida como justificación ideológica para una política de contención que, en los hechos, va dirigida en contra de los procesos nacionalistas, democráticos o revolucionarios que se desarrollan en nuestro continente. 🖊️